

José María Ridao
LA ESTRATEGIA
DEL MALESTAR

El capitalismo, desde la caída del
Muro hasta la crisis financiera

92

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: enero de 2014

© José María Ridaó Domínguez, 2014

Diseño de la colección: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal 604, 1º-1ª – 08021 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-8383-803-7
Depósito legal: B. 26.166-2013
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por Limpergraf, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|---|-----|
| Al lector | 7 |
| Nihilistas, de acuerdo con Iván Turguénev | 13 |
| Etérea sustancia de las conciencias | 59 |
| Punto cardinal inamovible, un cementerio | 117 |
| La democracia contra la democracia | 177 |
| Tragedia del hombre laborioso | 217 |

Al lector

En las ediciones de *Los ensayos* posteriores a 1598 aparece una cita de la *Eneida*, *viresque acquirit eundo* [«cobra fuerza a medida que avanza»], con la que Michel de Montaigne, o alguno de sus primeros editores, hacía un alarde de confianza en la posteridad al sugerir que la fama del autor se acrecentaría con los años. El transcurso del tiempo multiplicaría, sin embargo, otras interpretaciones, al sepultar en el olvido la más cercana a la intención original. Una cita latina de la que, como aquélla, no se pudo seguir extrayendo el significado porque habían decaído el estudio de las lenguas clásicas y la memorización de las obras, invitaba a que se le proyectaran otros, inspirados por una especie de adanismo creador. En la intención original, *viresque acquirit eundo* se refería a la fama que alcanzaría Montaigne porque, en el poema, era de la fama de lo que hablaba Virgilio. Al suprimir el término «fama» en la cita que encabezaría las ediciones de *Los ensayos* posteriores a 1598, confirmando al verso de Virgilio el aire escueto y sentencioso de una divisa, Montaigne, o alguno de sus primeros editores, dejó involuntariamente abierto el camino para que los lectores que vinieran a continuación proyectaran significado donde no les resultaba fácil extraerlo. Si, en lugar de interpretar que la cita de Virgilio se refiere a la fama de Montaigne, se considera que lo hace al propio libro, el significado de *viresque acquirit eundo* nada tendría que ver entonces con

la confianza en la posteridad, sino que podría referirse a la técnica para componerlo. En esta interpretación, *viresque acquirit eundo* se entendería como que *Los ensayos* cobran fuerza a medida que avanzan, revelan su sentido según se completa la visión del conjunto. Pero la cita también podría referirse a los asuntos de los que trata el libro o, incluso, a la marcha del mundo que van reflejando sus páginas.

«De haber estado entre aquellas naciones que, según dicen, todavía viven bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza», escribió Montaigne en el prefacio dirigido *Al lector*, «te aseguro que me hubiera gustado muchísimo pintarme del todo entero y del todo desnudo.» Detrás de esas naciones a las que se refería Montaigne estaban los territorios de ultramar, que en Castilla y Aragón se designaban como las Indias, mientras que en el resto de los reinos cristianos de Europa recibían con preferencia el nombre de América. Ninguna de las dos opciones era inocente: hablar de las Indias equivalía a admitir que Cristóbal Colón había descubierto la totalidad de los territorios de ultramar, por lo que la propiedad correspondía a los reyes que habían financiado las carabelas y su dotación de marineros, mientras que hablar de América era sostener que Colón había descubierto las islas del Caribe y Américo Vesputio el continente, con lo que la propiedad era una cuestión sin resolver. Al referirse a los territorios de ultramar sin entrar en la polémica, y al asegurar, además, que se regían por «la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza», Montaigne estaría revelando con voluntaria o involuntaria discreción el estímulo que había desencadenado la escritura de *Los ensayos* y, por tanto, el elemento que garantizaba su unidad pese a la desconcertante variedad de los asuntos tratados.

Por un lado están las costumbres que nosotros observamos, venía a decir Montaigne en el prefacio, y por otro, «la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza», que

rige la vida de las naciones al otro lado del océano. La pretensión de contemplar a la luz de estas «primeras leyes» las costumbres sobre las que, en la Europa del siglo xvi, el fanatismo religioso de las iglesias reclamaba un absoluto monopolio resultaría absurda, si no blasfema, de no haber adoptado Montaigne una doble precaución. Declarar que estas «primeras leyes» procedían de la naturaleza, que eran obra de Dios, y recordar que regirse por ellas no condenaba al embrutecimiento de los seres sin alma sino que concedía una «dulce libertad». El descubrimiento de los territorios de ultramar y el caudal de noticias de cómo se desarrollaba la vida en ellos permitió a Montaigne concebir *Los ensayos* como un diálogo donde el interlocutor está siempre presente pero aparece en contadas ocasiones, y donde lo mismo se aborda la forma de vestir que la educación de los hijos, los hábitos higiénicos, los carruajes, la impotencia sexual, el culto a Dios, el sueño, los nombres que designan los objetos, la fortuna, la soledad, la poesía de Virgilio, el arrepentimiento, la holgazanería o, en fin, tantos y tantos asuntos que, al desgranarse sin orden aparente, acaban disolviendo las fronteras entre la crónica y el tratado, entre el anecdotario y la narración, entre la invención y la exégesis.

Pese a la desconcertante variedad de los asuntos sobre los que Montaigne reflexiona en *Los ensayos*, el punto de partida es, sin embargo, siempre idéntico: disociar las costumbres que regían la sociedad del siglo xvi de «las primeras leyes de la naturaleza», las convenciones consagradas por la tradición de las reglas inmutables, y, en definitiva, lo relativo de lo universal, abriendo un espacio para la crítica en el que el ser se confronta permanentemente con el deber ser. Pero este punto de partida suponía una condición que se fue perdiendo a lo largo del tiempo hasta casi desaparecer en el siglo xix y hacerlo definitivamente en el xx, víctima de la asfixiante retórica de la nueva era; la condición consistía, simplemente, en adoptar una perspectiva

excéntrica al mundo encantado por los artificios del poder, la propaganda y la ideología, desde la que forjar una actitud, no una doctrina. Una actitud, no una doctrina: ésa es la herencia de Montaigne de la que aspiran a participar las páginas que siguen. El estímulo que desencadenó su escritura se actualizó reiteradamente a lo largo de dos décadas, entre el hundimiento de la Unión Soviética y el estallido de la crisis tras el triunfo de la insensata utopía de los mercados desregulados. Se concretaba en una creciente sensación de extrañeza, de irresoluble desajuste entre la realidad y la imagen que trasladaban de ella los medios de comunicación y los discursos oficiales.

Vivir en Moscú en el momento de la disolución de la Unión Soviética, en 1991, fue una experiencia singular, no por haber asistido a un acontecimiento épico, sino por haber podido comprobar, entre el asombro y la decepción, que en las calles de Moscú no ocurría rigurosamente nada, como si los hombres y mujeres que caminaban sobre la nieve tras el breve discurso de Mijaíl Gorbachov que puso fin al experimento social más colosal del siglo xx hubieran estado tan ocupados en sobrevivir que careciesen de tiempo y de ganas para prestar atención a un espectro invisible como era el de la historia. Una impresión que se había repetido en una serie de viajes y entrevistas a través de Bosnia, Albania y, también, Túnez, Egipto, Líbano, Siria, Jordania y Palestina: el espectro invisible para tantos hombres y mujeres sometidos a feroces dictaduras era, en este caso, el de un islam violento y enemigo de un Occidente no menos espectral. En Palestina, además, la abstracción de los cálculos geoestratégicos quedaba en evidencia por el indecible sufrimiento cotidiano de una población a manos de otra, convencida de ser víctima incluso cuando ejerce de verdugo.

La impresión de extrañeza, de irresoluble desajuste entre la realidad y su imagen reapareció con más fuerza al estallar la crisis económica en el verano de 2007, cuando los orga-

nismos económicos internacionales y los gobiernos de las grandes potencias proclamaron que el colapso del sistema financiero y su inmediata influencia sobre la economía real eran impredecibles. ¿Impredecibles? La disolución de la Unión Soviética, descrita por la prensa occidental con unos tintes wagnerianos que paradójicamente pasaron inadvertidos a quienes estaban sobre el terreno, contribuyó a dejar en segundo plano el hecho que al final resultaría determinante para el futuro: la revolución silenciosa, la revolución disimulada, la conocida por el oxímoron de *revolución conservadora*, que emprendieron Margaret Thatcher y Ronald Reagan y por la que la utopía cambió de manos, abandonando el territorio de la izquierda e instalándose en el de la derecha. Bajo el empuje de la revolución conservadora se generalizó la idea de que la victoria sobre el campo socialista fue obra de aquellos dos gobernantes, cuando, en realidad, fueron los últimos en llegar a la confrontación y sólo lo hicieron cuando la descomposición de la Unión Soviética ya no tenía vuelta atrás. Arrogándose la legitimidad de una victoria que no era suya, Thatcher y Reagan decretaron que la sobredimensión del Estado y de las instituciones internacionales provocada por la estrategia de contener la utopía comunista mediante el bienestar estaba asfixiando a la sociedad e impidiendo que el capitalismo explotara hasta sus últimas consecuencias la hegemonía que había logrado, y era necesario un cambio drástico de rumbo.

Aun partiendo de este análisis, Thatcher y Reagan, así como la pléthora de dirigentes, académicos y escritores que se alinearon con ellos, podrían haber propuesto otra estrategia para preservar un bienestar y un sistema internacional que, al fin y al cabo, habían proporcionado tres décadas de libertad, progreso y estabilidad pese a los esfuerzos que los estados democráticos tuvieron que consagrar a la confrontación con la Unión Soviética. Optaron, sin embargo, por ir más lejos, por ir mucho más lejos, y sustituir la uto-

pía fracasada de la economía planificada por la utopía simétrica de los mercados desregulados, que obligaba, no sólo a renunciar al bienestar como estrategia, sino a adoptar una auténtica estrategia del malestar. La crisis económica declarada en el verano de 2007 era su fracaso, lo mismo que la caída del Muro de Berlín y la descomposición del bloque socialista había sido el fracaso de la utopía de la economía planificada. A lo largo de los años en los que un mundo guiado por la aversión al Estado y a las instituciones internacionales se diluía en el desconcierto, Montaigne fue una enriquecedora compañía para, como él en *Los ensayos*, reflexionar disolviendo las fronteras entre la crónica y el tratado, entre el anecdotario y la narración, entre la invención y la exégesis, y comprobar con resignación que lo que cambia son los tiempos, no los problemas. En cuanto a éstos, *viresque acquirit eundo*.

París, 20 de septiembre de 2013